

LA VERDAD CIEZANA

TOMÁS PÉREZ Y CABALLERO.—Fundador y director propietario

Redacción y Administración: Pinos, 1   No se devuelven los originales

Abarán

La epidemia reinante.—Las dos Españas.—Hablan las autoridades médicas.—La incuria de los gobiernos.—El héroe de la jornada.—¿Qué hará Abarán? Remuneración y homenaje.

La fosa siniestra que los bacilos pfeifferianos han abierto en el seno mismo de los patrios lares, ha despertado por un poco tiempo la atención, adormecida, de este país de los viceversas, de los romanticismos exagerados y de las ridículas paradojas. Provechosa lección la que viene dando la señora de la guadaña!... Apáticos, negligentes como buenos meridionales, necesitamos hoy en día los españoles el zarpazo violento de las grandes conmociones, el efecto aterrador y espantable de un cataclismo social, las consecuencias funestas de mortífera epidemia, algo que sirva de revulsivo, de azote, para abandonar nuestra temeraria e inconsciente ociosidad, mecida algunos lustros ha en el más dulce y engañoso de los sueños faraónicos. Así que, mientras el mundo, en guerra que asombra a la Historia, ensancha los cauces del pensamiento y revisa todos los valores éticos, nosotros, mostrando rediviva la grotesca España de pandereta, nos rendimos entusiasmados, ¡infelices!, ante el socorrido tópico vulgar de algún político menguado, vacío o troglodítico—residuo del hombre ancestral—, o ante la desnudez impúdica de la Chelita, o ante la estulta mandíbula de Belmonte... Somos así, es así España, la España oficial, la de los corrillos callejeros, la de los centros políticos, la de las tertulias de café, la de la osadía audaz, la de la ociosidad pernicioso, la del piropo grosero, la de la democracia full, la del sombrero cordobés y el pantalón bombacho, la del chule y el anacoreta, la del pirata y el gitano, la de los prestigios falsos y los ídolos perjuros, LA ESPAÑA DE PANDERETA. La otra España, la verdadera patria de Alfonso Guijarro, pequeña y reducida en número, modesta y laboriosa, la hermosa y divina España de nuestros amores, esa España que vive en los yermos campos donde el labrador rompiendo surcos, saca a la superficie el detritus de las capas geológicas; y en el yunque de las herrerías; y en el fondo de las minas donde rompiendo el obrero la dura piedra, agrieta las mismas entrañas de la tierra; y en los talleres de mecánica; y en el lienzo del pintor; y en la clínica del médico y en el gabinete

del químico; y en el monumento del arquitecto y en la estrofa del poeta; y en la paz de los laboratorios; y en el silencio de las bibliotecas; y en las cátedras de las universidades... Esa España grande en sí, de una altísima grandeza ideológica, a penas se asoma al mundo exterior, si no es para asestar un trallazo en el Dorso, cargado de vicio, de la otra España sin substancia española, o para decir allende el Pirineo que, en este rincón de la Europa meridional, bañado por el histórico mar de la civilización latina, existe todavía un pedazo de tierra bendita, amasada con sangre de mártires y huesos de héroes, y cuyo suelo sirvió de teatro un día a las invictas hazañas de un pueblo glorioso, voz y verbo, luz y símbolo de la primera raza sentimental del mundo, cuya génesis parece perdida ya en el río revuelto de los siglos.

* *

Preciso ha sido que la epidémica enfermedad grippal infunda terror con sus estragos, para que las autoridades más altas y los pueblos comprendan, sobre el plano de la realidad, la eficiencia de la salud pública y las ventajas de la higiene privada. Aquí no se invoca a santa Bárbara más que cuando truena. Por eso vemos que, mientras las eminencias médicas, los Cortezos, los Maestre, los Chicote, los Salazar, los Marañón, los Tapia, los Pittaluga, los Sobrino, los Esquerdo, los Oriega Morejón y otros, estudian la virtud curativa del suero Roux,—no sin imitar con algunas de sus proyecciones al delicioso coro de doctores del «El rey que rabió»—el gobierno, representación suprema de España, muestra su desnudez, sin tener siquiera una hoja de parra con que cubrir sus órganos genitales.

Vergüenza nacional es—de ello solo culpamos a la incuria de nuestros gobiernos—que en momentos de tanta angustia escaseen los medicamentos, los desahastantes y casi todo cuanto es base del aseo y conservación del individuo y de las colectividades. Y, mientras el festín y el hanquete son el plato del día entre-

los hombres políticos, el pobre y el enfermo vencidos por la miseria y la desgracia, mueran abandonados, como el halcón que, herido por extraviada bala, se pierde y se confunde en la inmensidad del desierto.

No faltará tal vez quien llevado de una adulación estúpida ó de una incivil cortesana pida al fin de la campaña los mayores honores para algún político venal—batracio de la peor fama—, ó algún médico favorecido por el apoyo oficial. No, mil veces no. Nosotros opinamos con el doctor Arias Carvajal que, en esta triste, tristísima jornada, el verdadero, el único héroe es el médico rural, «á quien se escatima por el Estado el logro de la más mínima parte de sus justas aspiraciones, y en cambio se le exige en ocasiones como ésta que dé á la Patria su salud y su vida y la salud y la vida de los suyos con estoicismo de mártir, como el militar que muere en la línea de fuego».

Este médico abnegado, ejemplo de austeridad, mal retribuido y peor considerado, sujeto muchas veces a las influencias caciquiles es, repetimos, el único héroe, y a él corresponde, por su sacrificio, el máximo de gloria de esta jornada. Falto de recursos, sin medios adecuados, ni condiciones higiénicas, se lanza entre los epidemiados y arriesga, valiente, pensando solo en el bien de los demás, su salud, que es su vida y la vida de su familia.

Por Real Decreto, así como suena, debiera el gobierno de S. M., y en su nombre el señor Ministro de la Gobernación, ordenar a todos los Ayuntamientos de España la justa remuneración que el médico rural merece por su labor meritoria, pues como dice muy bien el doctor Arias Carvajal, «se le exige que dé la vida por la Patria con estoicismo de mártir, como el militar que muere en la línea de fuego».

* *

Hace días, con noble y desinteresado entusiasmo, aplaudimos fervorosamente al Ayuntamiento de Abarán y á los facultativos, amén que á otras distinguidas personalidades por su nunca bien ponderada campaña sanitaria. Y lo hacíamos por ser de justicia, ya que ante la verdad y la justicia nos postramos siempre sumisos y reverentes.

Abarán ha hecho en esta ocasión algo que cuadra á su fama de gran pueblo. Lo decimos sin ambages ni eufemismos: Abarán ha dado ejemplo á España. La obra es magna, es la más recta acepción de la palabra. Y precisamente por ser empresa popular libre de matices políticos, reviste tanto valor, tamaña significación y grandeza... Un pueblo dispuesto a toda clase de progreso; unos señores desprendidos, patriotas de buen cuño; un Ayuntamiento celoso, celosísimo, en el que se han distinguido varios